

CÓMPLICES

No tengo excusa.

Mi casa ha estado separada del infierno por apenas veinte centímetros de ladrillo.

Siempre hubo voces, pero durante el confinamiento de primavera el escenario empeoró. Supe que había cerrado su empresa y la falta de esperanza y el alcohol fueron alimentando el monstruo que llevaba dentro.

Un sábado de agosto, de calor sofocante y piscinas prohibidas, no pude percibir los sollozos y quejidos de ella tras el portazo que zanjaba los gritos y golpes. Horas después, el ruido de sirenas dio paso a voces extrañas en el rellano, llantos y murmurio de vecinos.

Salí a la calle y, sin pudor, mentí a la reportera de “tele5”: “era un matrimonio normal, nadie podía sospechar ...”

Dos policías abrían los brazos intentando apartar a vecinos y curiosos que se agolpaban junto al portal, mientras dos camilleros sacaban un cuerpo sin vida. Sentí náuseas. Aquel cadáver no era de una mujer desconocida más, que engrosaba la macabra lista de víctimas de violencia de género; era Charo, mi vecina, que abandonaba para siempre aquel infierno que nunca me atreví a denunciar.

Una sociedad que cierra los ojos ante el sufrimiento ajeno, se convierte en cómplice y, como yo, no tiene excusa.

Pericles